

invasores de la tierra

M. Leinster
F. J. Russell
T. Surgeon
Howard Kock
W. Town

GALAXIA
Ciencia Ficción

InvasoresAnthony Boucher & Mildred Clingerman & Howard Koch & Allen
de laKim Lang & Katherine MacLean & Mack Reynolds & Theodore
tierra Sturgeon & William Tenn & Donald A. Wollheim

Una selección de relatos cortos de calidad, respaldados por
las prestigiosas firmas de: E. F. Rusell, T. Sturgeon, Howard
Kock, W .Tenn y otros

ESTA ESTRELLA SERÁ LIBRE

Murray Leinster

El estímulo provenía de un experimento antareano sobre el desequilibrio ecológico artificial, aunque, naturalmente, la gente de las cavernas no podía sospechar esto. Se trataba de salvajes que no sentían interés por la ciencia ni, desde luego, por nada, excepto por llenar sus vientres y satisfacer otras necesidades primarias. Habitaban en una serie de cuevas en una formación de greda por encima de un río que corría a través de las primitivas Inglaterra y Francia antes de reunirse al Rhin y acabar en el mar.

Los salvajes no comprendieron el estímulo, cosa muy natural. El estímulo se hizo patente después de dos horas de haber desaparecido la nave procedente de Antares, así que no vieron relación entre ambas cosas. De todos modos, se trataba de un vago e indefinible deseo de marchar hacia el Este, un impulso al que no encontraban ninguna explicación.

Tork estaba pescando con lanza desde una roca en medio del río cuando la nave pasó por, encima de su cabeza. Se trataba de un muchacho torpe y aún con los ganglios de la adolescencia. No se hallaba todavía en condiciones de sostener una lucha con Una-Oreja, cosa que le hacía pasar muy malos ratos. Una-Oreja era el Jefe varón de la colonia de cuevas del acantilado sobre el río, y deseaba echar a Tork de allí o matarle, y Tork tenía que mantenerse en guardia

continuamente. Pero se sentía a seguras encaramado en su roca.

Había acabado de traspasar con su lanza a un hermoso ganoideo cuando oyó un grito de terror procedente de la orilla. Echó una ojeada a su alrededor. Vió que Pierna-Torcida, el otro varón adulto, corría cojeando lleno de terror camino de la boca de su cueva, y vio también que Una-Oreja tiraba de la escalerilla que llevaba a su cueva a dos de sus esposas y a tres de sus hijos con objeto de llegar él primero. Los demás gritaron y se escondieron en la hendidura que primero encontraron, incluyendo la pequeña abertura en la que Tork dormía cuando se atrevía a hacerlo. Luego se hizo el silencio.

Tork miró extrañado a su alrededor. No encontraba la causa de aquella alarma producida en la orilla. Recorrió con su mirada la parte alta del acantilado. Veía los abedules, las hayas y los robles que crecían por encima de la greda. Sus ojos recorrieron el río. Los viejos contaban historias de monstruos marinos que llegaban hasta allí desde la profunda bahía (lo que sería más tarde el Canal de la Mancha). Pero la superficie del río se hallaba tranquila. Luego observó la orilla opuesta. Quedaban aún algunos ogros de cejas bajas que eran los que vivían en aquellas tierras antes de que las gentes de Tork se adueñaran de ellas. Pero Tork sabía que él podía hacerles correr o hacer que se ahogasen. De todas formas, no había ninguno a la vista.

Todo era quietud. Tork sintió curiosidad y miró hacia arriba. Entonces vio la nave.

Era de forma ovoide y estaba hecha de pulido metal plateado. Resultaba enorme, doscientos pies por trescientos, y flotaba tranquilamente a doscientas yardas por encima de las copas de los árboles. Avanzaba en la dirección del río, pero luego cambió suavemente de rumbo y comenzó a remontar el río. Estaba a punto de pasar por encima de la cabeza de Tork.

Aquello era tan extraño y tan increíble que llenó a Tork de un terror indescriptible. Se quedó helado, con una quietud de parálítico, mirando la nave. Esta no producía ningún ruido. Carecía de líneas y ángulos. Sus, lados perfectamente suaves y lisos, presentaban a los asombrados ojos de Tork una reflexión distorsionada y oval del río, de sus orillas, de los acantilados y de todo el campo en muchas millas a la redonda. Pero Tork no reconoció la reflexión. Para él, la piel de aquel objeto estaba moteada y aquellas manchas temblaban de manera horrible.

La nave continuaba flotando, sin balanceos, como si su masa fuera demasiado grande para ser afectada por el suave viento. Tork permanecía inmóvil aquejado de la catalepsia del hombre que se enfrenta con algo aterrador de lo que no se puede huir y con lo que no se puede luchar. No veía los pequeños enrejados en forma de tela de araña construidos en el brillante casco. Tampoco veía los pequeños tubos, que se movían de un lado a otro, como atisbando. Ni notó que algunos de aquellos tubos convergían hacia él. Se hallaba aturdido, deslumbrado.

No ocurrió nada. La forma ovoide color de plata avanzó suavemente por encima del río. El río formaba un recodo un poco más allá, y la nave procedente de Antares continuó tranquilamente su marcha por encima de la Tierra. Poco después ganó altitud hasta llegar a la altura de unas colinas. A continuación desapareció tras ellas.

Cuando se recobró de su estupor, Tork nadó hasta la orilla cargado con sus peces mientras gritaba en tono Jactancioso que ya no había nada que temer. Entonces aparecieron cabezas, que miraron al exterior con temor. Luego aparecieron niños. A continuación, adultos. Una-Oreja se mostró el ultimo de todos, con sus ojos ribeteados de rojo y sus barbas salvajes. Se oyeron balbuceos, pero acabaron pronto. La gente de las cuevas no podía hablar de aquello. No disponían de palabras para ello. No existían precedentes, aunque fueran que lejanos, con quienes compararla.

Balbuzeaban refiriéndose a su miedo, pero no les era posible hablar de la causa de ello.

Una hora después, parecían haberlo olvidado. Tork cocinó su pescado. Cuando su estómago estuvo casi satisfecho, una jovencita llamada Berry se detuvo cautelosamente a algunas yardas de él. La joven se mostraba a la vez tímida y atrevida.

—Tienes mucho pescado —dijo, señalándolo con la cabeza.

—Demasiado —respondió el joven amablemente—. Necesito una mujer que me ayude a comerlo.

El joven contemplaba a la muchacha. Se trataba probablemente de una hija de Una-Oreja, pero ella era delgada, curvilínea y deseable, mientras que su padre era macizo, grueso y siempre estaba malhumorado. A Tork se le ocurrió una idea interesante y llena de posibilidades. Como tanteo, sonrió.

—Una-Oreja olió tu pescado —dijo la joven—, y me envía para que me des un poco de él. ¿Le digo que es una mujer si lo come?

Decir esto era una provocación peligrosa para Tork.

Los ojos de la muchacha eran expresivos, pero no demasiado burlones. Tork hizo una mueca. Llevar aquel mensaje a Una-Oreja hubiese significado un reto de combate mortal, y Una-Oreja tenía veinte años más que él y pesaba sesenta libras más que él. Entregó a la muchacha uno de los pescados, ya cocinado y lleno de grasa.

—Te regalo este pescado —dijo Tork en tono grandilocuente—: Cómetelo o regálaselo a Una-Oreja. ¡A mí me da lo mismo!

La joven cogió el pescado con manos expertas. Sus ojos se clavaron en Tork mientras volvía la espalda para marcharse. Aún volvió otra vez la cabeza cuando trepaba por la escalerilla camino de la cueva de Una-Oreja.

Precisamente en aquel momento sintió Tork el estímulo. Súbitamente, el joven deseó dirigirse rumbo al Este.

Para la gente de la cueva, los viajes eran un peligro ininterrumpido. Tenían porras y lanzas para pescar que eran sencillamente bastones con filo. Y no contaban con nada más. Los lobos no habían aprendido aún a temer a los hombres. La hiena gigantesca poblaba todavía la selva. Existían osos e innumerables bestias salvajes que ningún hombre de la tribu de Tork podía burlar subiéndose al árbol más cercano. Querer marcharse era una locura. Viajar hacia el Este, donde, según se decía, tenía su caverna un animal de fuertes dientes, representaba una verdadera insensatez. Tork acabó decidiendo no ir hacia el Este.

Pero el estímulo se mantuvo exactamente tan fuerte como entes. El joven se dijo a sí mismo los monstruosos peligros que entrañaba aquel viaje. El estímulo no los negó. No los combatió. Simplemente los ignoró. Tork deseaba viajar hacia el Este. Y no sabía por qué.

Después de media hora, durante la cual estuvo luchando consigo mismo, Tork vio que Berry salía de nuevo de la cueva de Una-Oreja. La muchacha se puso a romper nueces, preparando la cena de Una Oreja. Para ello empleaba dos piedras. Los dientes de Una-Oreja no estaban ya lo suficientemente fuertes para entendedérselas con cáscaras de nueces.

Tork la miró y, muy pronto, se le ocurrió una sorprendente idea. Notó que la muchacha le miraba furtivamente de cuando en cuando. El joven efectuó con su mano un pequeño movimiento de llamada. Después de un momento, Berry se puso en pie y se acercó al río para arrojar en él un puñado de cáscaras de nueces. Luego permaneció ociosa observando cómo se alejaban las cáscaras río abajo. La muchacha se hallaba sólo a unos cuantos pies de Tork.

—Me voy al Este —dijo Tork en voz baja— para buscar allí una cueva mejor que ésta.

La joven le dirigió una mirada de soslayo, pero nada más. De todos modos, tampoco se movió. Tork explicó:

—Una cueva muy hermosa. Profunda y situada donde haya mucha caza.

Berry le volvió a mirar con el rabillo del ojo. Los de Tork despidieron de pronto un brillo de fuego. El joven se atrevió a decir:

—¡Luego volveré y te llevaré conmigo a ella!

La muchacha hizo un movimiento con la cabeza. Entre la gente de las cavernas, el derecho de propiedad en relación con las mujeres, incluso tratándose de hijas, precedía a todas las otras formas de posesión. Si Una-Oreja hubiese escuchado aquella invasión en sus derechos de propietario, hubiese declarado a Tork la guerra a muerte en el acto. Pero la muchacha no se movió, no se rió. Tork sintió que un profundo orgullo y una enorme ambición se desarrollaban en su interior. Después de un largo instante en que permaneció sin aliento, Berry se volvió, alejándose del agua y regresando al lugar donde partía nueces para Una-Oreja. Durante el camino, sus ojos se dirigieron de cuando en cuando a Tork. Y la joven sonrió con una sonrisa débil que parecía reflejar temor. Esto fue todo.

Pero fue lo suficiente para que Tork, media hora más tarde, se marchara llevando su porra en la mano y unos sueños en el corazón altamente románticos... y también la más sincera convicción de que se dirigía hacia el Este para encontrar una cueva donde iniciar su vida doméstica.

A causa de esto, el viaje le resultó agradable. En una ocasión, Tork fue atacado por una horda de pequeños animales semejantes a cerdos y que se parecían a los modernos pecaríes. En otra, tuvo que arrojar al río y bucear en él a causa de unos ominosos rugidos que significaban que iba a ser atacado por algo que no se detuvo a identificar. Y cuando estaba apunto de caer la noche tenía ya elegido un árbol para pasarla en él, empezó a escalarlo y se encontraba a medio camino de la rama más baja, distinguió una serpiente enroscada en una rama un poco más alta. Bajó en seguida sin despertar a la gran serpiente y caminó temblan-

do durante tres millas —hacia el Este— antes de elegir otro árbol para dormir en él. Pero antes de dormirse; combinó con la imaginación todos aquellos incidentes de manera que resultasen heroicos, dignos de ser relatados a Berry.

Tork se levantó al salir el sol y siguió su camino. Se detuvo poco después para desayunarse con moras, dejando acto seguido aquel lugar lleno de árboles a causa de que algo que gruñía y estaba lleno de pelos atacó. A media mañana, oyó un profundo rumor que parecía sacudir la tierra y que no podía provenir sino del animal de los grandes dientes. Luego percibió unos extraños chasquidos que nunca había oído antes, y el rumor de antes cesó de pronto. A Tork se le pusieron los pelos de punta. Pero el estímulo que le hacía avanzar hacia el Este era ciertamente muy poderoso. Parecía crecer al tiempo que caminaba. Sin embargo, ningún otro ser parecía sentir aquel estímulo. Las ardillas saltaban y jugaban de rama en rama. En una ocasión vio a un monstruoso alce —el llamado alce irlandés— cuyas astas alcanzaban una altura de varias yardas. El monstruo le miró con aire majestuoso y no huyó. Aquí, Tork fue el único que atacó, pues aunque la gente de las cavernas no disponía de armas arrojadas, el joven había aprendido a arrojar piedras con la mano. Así que marcó con piedras un círculo alrededor del gran animal.

Luego, de pronto, llegó a un terreno muy escarpado, donde no había árboles, sino muchas rocas. Habría sido un lugar perfecto para descansar. También distinguió las bocas de varias cavernas prometedoras. Si el estímulo no hubiese sido tan poderoso que nada podía hacer contra él, el joven se habría detenido para explorarlas. Pero continuó su camino. En otra ocasión, su sensible olfato percibió el olor de carroña, junto con el almizclado olor de un gran animal carnívoro. Un terrible miedo se apoderó de él. Sentía deseos de retroceder a toda velocidad. Pero el estímulo era increíblemente fuerte. Prosiguió su marcha como un poseído. Tenía libertad para caminar dando rodeo, para avanzar titu-

beando, para tomar todas las precauciones imaginables con objeto de no hacer ruido, y para ignorar a los animales a quienes un hombre con una porra no debía temer. Podía incluso correr... siempre que fuera hacia el Este, naturalmente. No le era posible retroceder.

El estímulo continuó creciendo. Después de algunas millas de camino Tork se convirtió en algo así como un autó-mata... una figura con rostro inexpresivo lleno de granos y con la piel tostada... Iba cubierto en parte con una limpia piel de animal. Llevaba su porra, y en el cinturón, el bastón afilado que le servía de lanza para pescar. Continuaba avanzando, sin parecer ver nada, ajustando sus pasos al terreno, aunque sin darse cuenta, en su camino movía grandes masas de piedras. Estuvo, durante aquella etapa, completamente a merced de cualquier carnívoro que le hubiera salido al paso.

No hizo el menor movimiento cuando vio la grande y plateada nave ovoide que el día anterior había pasado por encima de su cabeza. Marchó hacia ella con ojos vidriosos y rostro inexpresivo. Sin embargo, el aspecto de la nave era mucho más terrible colocada sobre la tierra que en el aire. Su superficie exterior era por completo un espejo. Continuaba careciendo de facciones, pues las telas de araña de sus tubos eran muy pequeñas. Pero el monstruoso tamaño de la nave se hizo ahora más evidente.

Descansaba en la tierra sobre su extremo más ancho y redondeado. Su parte más pequeña apuntaba hacia arriba. Tenía unos trescientos pies de alto... Tres veces la altura de los árboles más altos que había cerca, algunos de los cuales había roto con su peso al descender. Las ramas surgían ahora de debajo de la nave. Era un gigantesco huevo plateado de la altura de un edificio de treinta pisos y de la anchura de una manzana de ciudad. Permanecía sobre los aplastados robles sumido en un silencio totalmente enigmático, sin ningún signo de vida ni movimiento en él.

Tork anduvo hacia la nave tiesamente, sin ver ni oír nada. Llegó hasta la misma sombra que proyectaba el huevo. Luego se detuvo. El estímulo cesó de actuar bruscamente.

Un gran terror le impulsó de pronto a correr, a huir de allí. Instantáneamente, el estímulo hizo acto de presencia. A veinte yardas del gigantesco objeto plateado, Tork se desplomó en tierra. Luego se puso en pie y, tiesamente, dirigió de nuevo sus pasos hacia la nave. De nuevo le abandonó el estímulo e inició una fuga... hasta que a veinte yardas se detuvo y regresó una vez más con ciega obediencia.

En total, intentó huir diez veces, y cada vez volvió junto a la sombra del inmóvil armatoste de forma ovoide que parecía un espejo. La décima vez que regresó quedó inmóvil, jadeante, con los ojos fuera de las órbitas. Vio su propia reflexión en la superficie del objeto. Le dirigió gritos, creyendo que era otro cautivo. Su imagen le hacía muecas, pero no emitía el menor sonido. No pudo conseguir que le contestara. Al final optó por volverle la espalda enfadado. Permaneció temblando convulsivamente, como un animal salvaje a quien se ha reducido a la impotencia.

Media hora después vio que algo se movía sobre la tierra, dirigiéndose al gran huevo de plata. Se oyó un ligero ruido y se abrió una gigantesca sección curvada del mismo. Del interior surgió un agua grasienta que produjo charcos. Tork percibió un olor como de comer. La cosa que se aproximaba, un vehículo, flotaba cercano, a seis pies por encima del suelo, con extrañas marcas sobre él y una gran masa de piel a rayas leonadas que él sabía que no podía ser más que del tigre dientes de sable, el animal de los fuertes dientes. Tork temblaba de pies a cabeza, pero sabía que no podía huir.

Poco antes de que el vehículo penetrara por la abertura del curvado casco, dos seres descendieron de la nave y se aproximaron al joven.

Este seguía temblando como una hoja. Tenía medio alzada la porra, pero se hallaba demasiado enervado para

atacar.

Los seres le miraron con interés. Vestían unos uniformes como de goma que les colgaban cual si tuvieran líquido dentro. Llevaban cascos con ventanillas transparentes, por donde miraban los ojos. Pero las ventanas se hallaban llenas de agua.

Los seres venidos de Antares se detuvieron a algunos pasos de Tork. Uno de ellos enfocó un pequeño tubo hacia él y el joven, inmediatamente, pareció oír voces.

—Te hemos llamado hasta aquí para ser amables contigo. Te vimos ayer en pie sobre una roca.

Tork siguió temblando. La segunda figura le enfocó asimismo un tubo y Tork oyó otra voz. No se diferenciaba en el timbre de la anterior, naturalmente, ya que el cerebro de Tork traducía directamente a palabras las impresiones mentales; pero el joven entendió perfectamente lo que dijo la segunda figura.

—Se trata de un experimento, hombre. Venimos de una estrella muy lejana, buscando mundos que nuestra gente puede algún día necesitar. El vuestro es un buen mundo, con mucha agua. La tierra no nos importa, pero si el agua por lo tanto, tenemos intención de ser amables contigo, que vives sobre la tierra... Conocéis el fuego, ¿verdad?

Tork observó que su cerebro asentía maquinalmente. Pensó en el fuego y en la tarea de cocinar los alimentos, y los dos seres parecieron encontrar interesantes sus pensamientos.

—Tienes inteligencia —dijo vivamente el ser que había hablado primero—, y se nos ha ocurrido llevar a cabo un experimento ecológico. ¿Cómo os alimentáis?

Tork entendió solamente la última frase. De nuevo pensó de una manera maquinal: coger nueces; buscar frambuesas; pescar con lanza valiéndose de un bastón afilado; desenterrar moluscos de la arena; agenciarse pequeños animales, tales como conejos o ardillas, valiéndose de piedras lanzadas con puntería. También pensó en Una-Oreja, que

se había alimentado bien el día anterior sólo pidiendo pescado. En otras ocasiones, Una-Oreja había salido de su cueva porra en mano y gritando, hasta arrojar a Tork de junto a la comida que el joven había reunido para sí.

—Todo eso es muy incómodo —dijo la voz, que parecía divertida, en el cerebro de Tork—. Nosotros te enseñaremos la manera de obtener mucha comida. Toda la comida que quieras, y también te enseñaremos a defenderte contra los animales. Será interesante ver lo que resulta de un desequilibrio ecológico así producido. Espera aquí.

Los dos seres se alejaron —flotaban un poco por encima de la tierra, según notó el aturdido joven— y penetraron en la nave. La abertura del curvado casco se cerró tras ellos. Se oyó un silbido de aire en alguna parte. Para hombres de milenios posteriores, el sonido habría parecido producido por un tanque de agua que se llenaba para que aquellos seres que vivían en el agua pudieran nadar libremente dentro de la nave procedente de Antares. Pero a Tork, aquel sonido no le sugirió nada.

Nada ocurrió durante horas. Luego, súbitamente, Tork vio que un gran alce avanzaba firme e hipnóticamente hacia la nave de Antares. Llegó hasta un lugar situado a menos de cincuenta yardas del costado de la nave, pareciendo entonces que quedaba liberado de la atracción. El animal dio media vuelta y se alejó. Pero de pronto aminoró su marcha y se detuvo. De nuevo volvió a correr hacia la nave. A cincuenta yardas de ella, otra vez intentó escapar y de nuevo fue recapturado.

Tork observaba todo con los ojos muy abiertos.

Aparecieron conejos, que se dirigieron hacia la nave. Se podían contar por docenas, y más tarde, por centenares. El firme avance, que convergía procedente de todas direcciones, llegó a hacer un alto, en mezclada confusión, en un lugar situado a cierta distancia del gigantesco y brillante huevo.

El curvado casco se abrió otra vez, y otra vez surgió agua de su interior, así como olor a mar. Luego salieron cuatro o cinco seres, flotando sobre la tierra. Como antes, Tork vio que los tubos le apuntaban. A continuación, el joven se dio cuenta de que entendía fragmentos de conversaciones pensadas.

—Yo creo que un experimento hecho sobre tierra no puede afectar al uso que más tarde hagamos de este planeta.

A continuación, en tono indignado:

—¡Pero eso es cruel! ¡Si damos a estos seres comida ilimitada y medios de defensa, condenamos a sus descendientes al hambre y al aniquilamiento!

Otras voces parecían no opinar de la misma forma.

—Insisto en que un nuevo equilibrio ecológico dará resultado...

—Los animales de tierra no nos incumben...

—La estabilidad de la naturaleza...

—Algún nuevo factor anulará por completo el experimento...

Tork era un salvaje. Perteneía al mundo de las cavernas y jamás en toda su vida se había puesto en contacto con una abstracción. Como lo que hablaban eran pensamientos, los percibía; incluso los entendía. Pero no hacían referencia, para él, a nada de lo que tenía en la mente o había experimentado. Así que eran como fragmentos de un sueño.

Los seres extraterrestres colocaron una especie de caja ante él. A Tork le pareció que se trataba de una piedra. Sobre ella había un dibujo de color, y el joven, tras laboriosa concentración, descubrió que se trataba de una esquema simplificado de un ser humano. Era el primer dibujo que veía en su vida. Se trataba de un retrato de sí mismo... La llave del estímulo que le había llevado hasta allí, si es que entendía bien el asunto. Pero el joven no hizo mucho caso

de las voces mentales y quiso saber más cosas sobre la caja que él había tomado por una piedra.

—Este es un aparato que proyecta un deseo. Como tú eres solamente un hombre, nosotros hemos dispuesto el aparato para que éste proyectara un solo deseo: el hacerte venir al lugar desde donde ese deseo era proyectado. Te trajimos aquí afinando la proyección hacia ti. Esto te hizo desear venir aquí.

El cerebro de Tork asimiló la explicación después de un rato. Con toda paciencia, las voces mentales corregían sus impresiones. Luego continuaron:

—Este aparato no proyecta solamente ese deseo, sino que hemos dejado variable su afinación. Cualquier ser humano puede cambiar ahora la afinación. Si te colocas al lado del aparato y piensas en un animal, el aparato se afinará con los animales de tal suerte que les hará desear venir a donde esté el aparato.

Tork pensó en el tigre dientes de sable e hizo una mueca. Las voces mentales parecieron divertidas.

—Incluso eso está arreglado —dijeron—. Mira, aquí hay un dibujo que representa a un hombre. Mírale y piensa en determinado hombre, y el aparato hará que ese hombre venga a ti. Aquí hay también un dibujo que representa a un alce. Ponlo junto al aparato y míralo, y tus pensamientos sobre el alce afinarán el aparato, así que el alce deseará venir a ti. Y los conejos...

Tork estaba asombrado. Sería bastante agradable hacer que las ardillas y los conejos —veía ahora centenares de conejos con el rabillo del ojo— vinieran hacia él para poderlos golpear en la cabeza. Pero... ¿un alce? ¿Qué podía hacer un hombre con un alce? Un alce sólo servía para pisotear matorrales y para corcovear...

—Naturalmente —continuó la voz en su mente con cierta sequedad—, también te damos seguridad contra los animales, si es que deseas hacer uso de nuestros regalos. Hemos hecho lanzas con puntas de piedra, que aprenderás